

CONDUCTA IMPROPIA

Una película íntegra

Por RENE JORDAN

Crítico de Cine de El Miami Herald

Cuando en febrero de este año, durante el Festival de Cine de Miami, vi la premiere mundial de **Conducta Impropia** de Néstor Almendros y Orlando Jiménez Leal, me pareció un documento extraordinario, un alegato irrefutable contra las brutalidades del régimen comunista/castrista.

Aquí estaba todo: la hipocrecía de Castro (a quien rehúso llamarle Fidel, porque es tan servil y confanzudo como llamarle a Hitler, Adolfo, a Mussolini, Benito o a Stalin, Joe). Estaban las persecuciones, el aplastamiento de los derechos humanos, los crímenes contra carne y espíritu. Almendros y Jiménez Leal, en su justa indignación, fustigaban con ira divina.

Conducta Impropia se ganó una ovación tremenda en Miami y a mí empezó a asaltarme un temor. El 90 por ciento del público era cubano y quizás estábamos predicando ante los convencidos, que es el nivel menos efectivo de un film-denuncia.

La película se ganó el Gran Premio en el Festival de Estrasburgo y triunfó en París, pero yo quería el impacto de más cerca. Al fin se presentó como selección especialísima del Festival de Nuevos Directores, organizado por el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Aquí era pelear a lo duro, ante un público izquierdista/liberal, de esos que 25 años más tarde te molestan preguntándote "¿Pero es verdad que todo en Cuba es tan horrible?"

No los culpemos; es la incapacidad de creer en las injusticias totales, que ya se sintió hasta que se vieron los noticieros de los campamentos de concentración nazista en 1945. Hice mi propia labor de proselitismo y conseguí boletos del Museo para amigos ni remotamente comunistas, pero ignorantes/despistados. Los mandé al Museo de Nueva York, ellos solitos, aunque me preguntaban por qué no iba a convoyarlos o a

explicarles.

"Nada de eso", les dije, "la película habla por sí sola. Llámenme después que la vean". A las nueve de la noche, después de la función, mi teléfono no cesaba de sonar. Eran los amigos y los amigos de los amigos, en furia total:

"Jamás pensé que Castro era tan abominable". "Lo que ha pasado en Cuba es un escándalo". "Esto es un crimen ... me pasé la película llorando".

Al día siguiente se publicó la reseña formidable de Vincent Canby en el *New York Times*. Otros críticos de influencia han elogiado apasionadamente a **Conducta Impropia**, pero sigo pensando que lo más elocuente lo dijo Ken Geist (autor del excelente libro de cine *Pictures will Talk*) cuando me afirmó personalmente: "Todos los que hablan en este film son convincentes porque son íntegros".

Almendros y Jiménez Leal entrevistaron a muchos y dejaron sólo 28 testigos. Miran a la cámara con los ojos clavados ante el instrumento que no acepta mentiras. Almendros insistió. Nada de perfiles. Aquí están Marta Frayde, Reynaldo Arenas, Armando Valladares, narrando las peores atrocidades sin levantar la voz, sin escandaleras, con la paz interior de haber sobrevivido el abismo total.

También está Caracol, el tranvestita negro, con una ingenuidad, una gracia, que hace reír al borde del sollozo. Cada espectador que vea **Conducta Impropia** recibirá diferentes impactos. Para mí, el monólogo más extraordinario fue el de Ana María Simó, encarcelada sin proceso legal para que revelara ante un chismográfico esbirro lo que supiera de un vetusto santón del Partido como Nicolás Guillén.

Lo que dice Ana María Simó revela al colmo los recovecos de un estado de policía. Porque si interrogan en prisión a una intelectual juvenil que entonces se creía super-marxista para sacarle

los trapos sucios a un anciano militante, se puede apostar que los Hermanos Castro se espían el uno al otro y que la ola de suicidios entre los dirigentes de la revolución se basa en el terror rampante de "¿Qué me saben ... o qué creen que le sé al otro, o al de más allá?". Es el momento más escalofriante del film.

Como cine, **Conducta Impropia** demuestra que los documentales no tienen que ser una colección de cabezas parlantes y que se pueden hacer con gran elegancia fotográfica a lo Néstor Almendros y con gran chispa humorística, como en los comentarios que Jiménez Leal les extrae a quienes —como Caracol— tienen el supremo valor de reírse de sus propias desdichas.

Si usted es cubano, tiene la obligación moral de ver **Conducta Impropia**, para constatar cómo se llevaban a los campamentos de la nefanda UMAP a los homosexuales, a los supuestos "hippies" de pelo largo, a los intelectuales disidentes. El próximo turno le podía tocar a su sobrina, o a su hijo, o usted mismo. **Conducta Impropia** es un término tan amplio como el del alucinante grabado de Goya: *Todos Caerán*.

El film da vergüenza, pero no se quede en el nivel de estéril auto-conmiseración. Lleve a un americano (tiene excelentes subtítulos en inglés), a un colombiano, argentino, venezolano, sobre todo para que vean el final.

Conducta Impropia va en crescendo hasta su apoteosis. Es un montaje en que Castro —hablando ante la televisión francesa— jamás mira directamente a la cámara y miente como un bellaco. Cada vez que niega una atrocidad, aparece un vivo testimonio aterrador que lo destruye, lo desmascara.

Conducta Impropia no es burda propaganda. Es cine polémico de primera categoría. Y lo que es más importante: es un film íntegro.